

Editorial

¿Y las Humanidades para qué?

¿Homo sum, humani nil a me alienum puto (Terencio, siglo II A.C.)

Ante la pregunta que nos sirve de título para estas reflexiones y que se escucha en nuestro medio con tanta frecuencia, uno está tentado a responder con otra: ¿qué sentido tiene para usted la vida?

La verdad - y en nuestra época quedan pocas - es que las Humanidades no pueden responder con plenitud a la pregunta por el sentido de la vida. Pero el humanista es, quizás, el único que tiene el valor de plantearse. Es fácil ignorar este tipo de problemas, porque tenemos la tendencia a refugiarnos en rutinas bien establecidas: la del empleado, el estudiante, el padre o madre de familia, el empresario, el deportista, el rumbero, el piadoso. En vez de atormentarnos con inquietudes complejas que tal vez nunca podremos resolver, pasamos nuestras vidas atesorando, disfrutando, viendo crecer los hijos, cuidando la salud o confiando en Dios. Al olvidar o dejar de lado la pregunta por el sentido de la vida dejamos también de preocuparnos por comprender la muerte, el amor, la belleza, la tristeza o la naturaleza del goce.

A veces, sin embargo, asumimos las actitudes del humanista y enfrentamos con decisión aquellas preguntas perturbadoras. Queremos comprender y orientar nuestro discurrir por el mundo, definir nuestro lugar en la sociedad, indagar por el devenir de los pueblos y las culturas, encontrar formas pacíficas de convivencia, definir nuestra identidad individual y colectiva. Nos preguntamos: ¿Cuál debe ser nuestro comportamiento como seres racionales y sociales? ¿Qué son los derechos humanos? ¿Por qué debemos respetar a los otros? ¿Qué es la creatividad? ¿Debemos ser útiles a los demás? ¿Quiénes son "los demás"? ¿Cuál es el substrato común de todos los seres humanos? ¿Qué nos diferencia de los animales, de las piedras? ¿Por qué podemos entendernos con seres de otras razas, de otras culturas? ¿Por qué, leyendo una obra de la antigüedad o de una cultura lejana, nos conmovemos con una historia de amor, con un duelo, con el nacimiento de un niño?

Estos temas que nos acosan, sobre todo en momentos de decisión, sólo tienen cabida en aquel ámbito del saber que usualmente se conoce como "Humanidades" o "Ciencias Humanas". La esencia de las Humanidades, como disciplina, puede resumirse en una sola frase: crear una conciencia reflexiva sobre lo humano. No se trata de memorizar una gran cantidad de nombres de autores y figuras históricas, de teorías y escuelas, de fechas, obras de arte o el aprendizaje de lenguas muertas. Los nombres, conceptos y teorías son apenas instrumentos que uno puede o no utilizar. El ejercicio de la erudición sólo tiene un sentido para el humanista: indagar por lo humano. Con razón decía Terencio, (autor romano): "Soy

hombre, y por lo tanto, nada de lo humano me es ajeno".

Al humanista, por lo general, le corresponde, entonces, una de las tareas más arduas: la de hacer las preguntas. Gran parte de las áreas del conocimiento, sobre todo las científicas y las técnicas, ofrecen respuestas, dan soluciones. Las Humanidades plantean interrogantes que, la mayoría de las veces, ni siquiera la ciencia puede contestar.

Por eso pienso que asumimos las Humanidades de manera más intensa en la pregunta que en la respuesta, más cuando dudamos que cuando creemos; toda pregunta implica una actitud crítica, una toma de distancia y, por lo tanto, una afirmación del yo pensante. Es una invitación a tomar conciencia, a establecer un lugar en el mundo, con límites claros, a dibujar un horizonte, a ejercer nuestra creatividad, a trazar un camino.

Las Humanidades, en conclusión, no son otra cosa que caminos tendidos hacia un ideal de lo humano continuamente renovado, porque el hombre nunca está acabado; está siempre abierto hacia el porvenir.

ÁLVARO PINEDA BOTERO

Decano de la Escuela de Ciencias y Humanidades

[Retornar](#)